

LA FISIOCRACIA: ¿OTRO CLAROSCURO DE LA ILUSTRACIÓN?

VICENT LLOMBART
Universitat de Valencia

A Ernest Lluch i Martín y a Lluís Argemí d'Abadal,
a modo de continuación de un debate interrumpido
por el terror y la enfermedad.

1. Claroscuros de las Luces y ambigüedad de la fisiocracia

El objeto de la presente comunicación es ofrecer un avance de algunas reflexiones y conclusiones sobre el significado y validez del programa económico-político de los fisiócratas franceses en su propia época, extraídas de un trabajo de investigación en curso de elaboración. Es preciso subrayar desde el principio que los estudios de Ernest Lluch y Lluís Argemí (1985 y otros) –los dos grandes especialistas sobre la Fisiocracia en España, ambos desaparecidos en diferentes y trágicas circunstancias en los años 2000 y 2007– abrieron un camino de exploración sobre los *économistes* franceses y su difusión, que intento ahora proseguir y ensanchar con nuevas perspectivas. En particular, Lluch y Argemí siempre subrayaron que la economía fisiocrática se inserta en un amplio sistema político y filosófico donde tales ideas adquieren un genuino significado analítico e histórico. Ello nos ha impulsado a insertar el programa en el seno del amplio sistema fisiocrático.

En sus libros sobre la *Catalunya vençuda del segle XVIII* (1996) y las *Espanyas vencidas del siglo XVIII* (1999), Ernest Lluch subrayaba

desde los propios subtítulos la existencia de “Clarors i foscors de la Il·lustració”, o de “Claroscuros de la Ilustración” en la versión castellana. Unos claroscuros, referidos a la ilustración catalana y a la ilustración española, que expresaban diferentes iluminaciones y penumbras de las Luces, y que representaban logros, malos logros e insuficiencias de los economistas catalanes y españoles del siglo XVIII y de las instituciones que les apoyaban. Ciertamente, en el siglo XVIII no todo fueron Luces; existieron abundantes penumbras y sombrías tinieblas, provenientes en este caso del poderoso pensamiento anti-ilustrado y de la notoria ausencia de libertad de pensamiento y de expresión. Una época en que –igual que ocurre en otras– no era auténtico oro todo lo que relucía. Nos preguntamos ahora si los claroscuros de la Ilustración bautizados por Lluch podrían extenderse asimismo más allá de los Pirineos, y, en particular, si podrían hallarse en un gran centro productor e irradiador de las Luces europeas, como fue París en el siglo XVIII. Pregunta que formulamos en relación con la economía e ideología de la fisiocracia, uno de los productos más genuinos, más brillantes y más difundidos de la Ilustración francesa. Así pues, la contestación a la pregunta tendría después consecuencias respecto a la difusión de las ideas de los *économistes*.

El hecho de que la doctrina fisiocrática surgiera en el centro de los debates económicos y políticos franceses y europeos de la segunda mitad del siglo XVIII, les concede una relevancia intelectual adicional en aquella época cumbre de las luces, que se añade a la que les puede conceder el valor intrínseco de las ideas. En 1757 François Quesnay y el marqués de Mirabeau iniciarían el funcionamiento de la primera escuela de economistas de la historia, una escuela a la que pronto se sumarían Mercier de la Rivière, Le Trosne, Nicolas Baudeau y Dupont de Nemours, entre otros. Fue una auténtica escuela en la que reconocían un maestro indiscutido: Quesnay; compartían una doctrina homogénea: la fisiocracia; utilizaban una fórmula magistral: el *Tableau Economique*, y dispusieron de medios de comunicación propios para aumentar la difusión de una doctrina que fue adquiriendo progresivamente un carácter de ortodoxia. Los fisiócratas se distinguieron por publicar un elevado número de textos, por reclamar la introducción de reformas de diferente signo en la Monarquía absoluta francesa de Luis XV y Luis XVI, y por formular un programa económico político centrado en el papel fundamental de la agricultura para devolver a Francia

su antiguo esplendor y para alcanzar la prosperidad y la potencia militar logradas por Gran Bretaña, cuya supremacía se manifestó con toda crudeza en la contemporánea Guerra de los Siete Años (1756-1763) (RILEY 1986, STEINER 2002). Pero compartían su preocupación por la sociedad francesa, con una ambición universalista sobre el alcance de sus ideas que consideraban aplicables, más allá de las fronteras francesas, a todo el mundo. Entre 1772, con el cierre de la revista oficial de la escuela: *Éphémérides du Citoyen*, y 1774, año del fallecimiento de Quesnay y de inicio del conflictivo ministerio de Turgot, decayó la iniciativa intelectual de la escuela y sufrió un irrecuperable descrédito, con algunas contadas excepciones. Sin embargo fuera de Francia, en el ámbito europeo y americano, la difusión de las ideas fisiócratas continuó con múltiples variaciones y recepciones parciales y diversas en algunos países hasta finales de siglo (DELMAS 1995, ARGEMÍ-CARDOSO-LLUCH 1995).

Ciertas características brillantes, oscuras o misteriosas de la Fisiocracia han seducido a muchos intérpretes modernos. En especial, la fascinación por el *Tableau Économique* ha producido un torrente de literatura académica –más o menos relevante– y ha conducido la atención hacia aspectos parciales del pensamiento fisiocrático como denunció Terence Hutchison (1988, 278-80). Sin duda, el análisis del conjunto de las ideas fisiocráticas es complejo, no solo por los oscuros métodos y léxico utilizados y por la dispersión de los textos (en especial de Quesnay), sino porque las teorías y políticas fisiocráticas formaban parte inseparable, de un cuerpo conjunto de doctrinas filosóficas, políticas y económicas, y solo cabía entender y valorar adecuadamente las ideas y políticas en el interior de ese sistema. En un ya clásico artículo Ronald L. Meek (1975, 210) argumentó que una auténtica interpretación de la fisiocracia debía esclarecer el “significado” de la doctrina de modo que aportara luz sobre su “validez”. Resultaba pues imprescindible, a pesar de las dificultades, observar la conexión entre las doctrinas y los problemas de la “estructura económica” de su tiempo, indicaba Meek. El problema fundamental planteado por esa estructura era cómo aumentar la renta nacional de un país atrasado como Francia, y cómo fortalecer la Monarquía (cabe añadir a Meek), problemas que deben servir de referencia general para toda interpretación y valoración. En cualquier caso, esta perspectiva en que nos situamos no evita, como indicó Lluch (1973, 347-8), considerar las propiedades intrínsecas de

las teorías y políticas fisiocráticas, observar la consistencia interna, la congruencia con los objetivos, el valor de estos y la comparación con teorías alternativas.

El desarrollo de la argumentación, que ofrecemos ahora de forma sucinta, hace referencia en primer lugar al sistema filosófico-político general de los fisiócratas y a su lógica y funcionamiento internos. En segundo lugar, se revisan las aportaciones positivas, las ambigüedades y los errores de algunos elementos principales del sistema. En tercer lugar, se considera la idoneidad de las propuestas principales contenidas en el programa económico fisiócrata respecto a los problemas económicos y políticos de la Francia de la época. Por último, hacemos referencia a la crítica contemporánea francesa a la fisiocracia como fuente de ideas y como significativo primer rechazo de sus propuestas. No resulta posible ahora exponer con detalle pormenorizado todos los elementos del sistema fisiócrata, ni la evolución en el tiempo, ni tampoco las diferencias que pudieron surgir entre los miembros de la escuela (por ejemplo, Mirabeau o Dupont).

2. Una síntesis del sistema fisiocrático

Tal como mostraron en un esquema Ernest Lluch y Lluís Argemí (1985) la fisiocracia constituye un sistema amplio de economía política formado por tres ámbitos que se interrelacionan y se entrecruzan en su funciones. Un primer ámbito metafísico y epistemológico centrado en los conceptos de evidencia, orden natural y despotismo legal. El principio de la evidencia, una certeza incontrovertible e irrechazable, mostraba de forma unívoca al mundo físico las leyes naturales del mundo social, de la supervivencia humana, que toda persona “educada” tenía que reconocer y aceptar. También el gobierno, que bajo la forma de *despotismo legal*, debía respetar y hacer respetar el orden natural y utilizar la ciencia económica para desvelar esas leyes naturales inmutables y óptimas. No cabe duda de la originalidad de este primer ámbito del sistema fisiocrático, pero una originalidad dogmática, que se alejaba de los planteamientos ideológicos del resto de ilustrados. En particular el principio absolutista de la *evidencia* parece contraponerse al concepto kantiano del *Sapere aude!* Ese alejamiento y esa contraposición abren el camino a una nueva visión y un nuevo debate futuro sobre el carácter de la fisiocracia y de la Ilustración.

La segunda área del sistema fisiócrata se refiere al entramado analítico económico que desarrollan los postulados y prescripciones provenientes del área anterior y en donde surgen las principales aportaciones teóricas de la escuela. La teoría de la productividad exclusiva de la agricultura, el producto neto, el *Tableau économique*, la teoría de los *avances* de capital, el flujo circular y la interdependencia entre los sectores económicos y el análisis de los precios, son todos ellos elementos componentes de esta área. Y en esas aportaciones existen luces y penumbras. La teoría de la productividad exclusiva de la agricultura, la médula de la doctrina fisiocrática, y la del producto neto derivada de ella aparece falsada por la realidad económica francesa (y de otros países), además de defectuosa en términos analíticos. Por el contrario, el *Tableau* y los elementos que lo acompañan constituyen el principal mérito teórico, aunque no estuviera exento de problemas, ambigüedades e inconsistencias.

La tercera área es la del programa político económico de la fisiocracia que se encuentra disperso por las numerosas obras aunque Quesnay intentó unificarlo en las *Máximas generales del gobierno económico de un reino agricultor*. Las cuatro medidas principales del programa eran: evitar los gastos de los terratenientes en bienes de lujo, establecer el libre comercio de granos para impulsar el *bon prix*, extender la *grande culture* frente a la *petite culture*, y reformar el sistema fiscal introduciendo un impuesto único sobre la renta de la tierra. El análisis detallado de las medidas subraya las dificultades económicas, políticas y técnicas para su plena adopción y las razones de su inviabilidad en la Francia del siglo XVIII. Respecto a las dos últimas, la concentración de las propiedades y la introducción del impuesto único sobre la renta de la tierra, se concluye que de haberse aplicado las reformas fisiocráticas, los efectos hubieran sido con toda probabilidad contraproducentes y muy negativos para la sociedad francesa. El carácter doctrinario e intransigente del sistema fisiocrático provocó en Quesnay y sus discípulos no solo una falta de sentido político para acometer las reformas, sino una manifiesta carencia del “sentido de la realidad”, de acuerdo con la tesis de Isaiah Berlín (2000), que afecta al conjunto de su sistema irreal de economía política. Esa carencia del sentido de la realidad deriva de una “disonancia cognitiva” surgida de la contradicción a menudo inconsciente entre la representaciones y la realidad misma, y que tiene potencialmente consecuencias perjudiciales, como ha ocurrido con los totalitarismo y fanatismos que tratan de imponer por todos los medios su propia representación de la realidad.

3. Productividad y esterilidad

Francia no era un país en decadencia económica en la época de los fisiócratas, como ellos afirmaban, siguiendo opiniones pasadas, fueren las de Boisgilbert o de Vauban. Los sectores económicos más dinámicos resultaron ser el comercio y la industria, las actividades estériles según la doctrina de los *économistes*. Todas las estimaciones actuales confluyen en indicar un crecimiento del producto total a lo largo del siglo de alrededor del 0,6 % anual, semejante al de la Gran Bretaña (datos tomados de Daudin 2003). La agricultura experimentó una expansión moderada, sobre un 0,4 % anual, sin grandes transformaciones técnicas ni avances en la productividad y sin aumentos considerables en la extensión del terreno cultivable. El crecimiento agrario pudo basarse en la coyuntura alcista de los precios agrícolas, en las ampliaciones de los intercambios de mercado y en pequeñas mejoras derivadas de un mejor uso de los factores productivos, en especial del trabajo. El sector industrial francés creció con superior intensidad a lo largo del siglo a unas tasas entre el 1,5 y el 1,9 % anual entre 1701 y 1790. La participación de la industria en el producto nacional francés creció entre esas fechas sobre un 20 %. Por último, el crecimiento más intenso lo experimentó el sector comercial que además estimuló a los otros sectores. Se extendió considerablemente el comercio interior entre 1735 y 1789, se cuadruplicó el volumen del comercio con Europa y se decuplicó el del comercio colonial. En conjunto, los historiadores calculan una tasa de crecimiento anual del 2,3 %, que supera a la de los otros dos sectores.

El tópico fisiocrático de la esterilidad de la industria y del comercio no se corresponde con la realidad. Ambos sectores estaban creciendo, estaban creando riqueza, estaban generando beneficios que formarían parte del producto neto, que era una fuente esencial para la acumulación de capital. En este caso, el diagnóstico de Quesnay sobre la realidad económica estuvo equivocado. Otros economistas como Graslin, Forbonnais y Galiani percibieron los hechos con claridad. También pudo ocurrir que la concepción metafísica e ideológica de los *économistes* les nublará la vista y les impidiera aceptar unas evidencias reales contrarias a la teoría de la productividad exclusiva de la agricultura. En cualquier caso fue uno de sus errores principales, origen de otros muchos.

Ronald L. Meek en su inteligente defensa de los fisiócratas sobre esta cuestión clave afirmó que:

“no se equivocaron porque fueran malos científicos, sino porque fueron malos profetas; no porque no supieran sopesar de forma adecuada los hechos económicos típicos de su época, sino porque fracasaron al valorar otros hechos, apenas aparentes, que estaban destinados a *convertirse* en típicos” (MEEK 1975, p. 242).

Sin embargo, tal como hemos expuesto, los fisiócratas no supieron sopesar, como sí hicieron otros economistas contemporáneos, los hechos típicos de su época, no supieron ver qué estaba ocurriendo realmente con las actividades económicas en Francia y fracasaron naturalmente al valorar el futuro. En el mismo sentido que utiliza Meek las palabras, de nuestro análisis se desprende que los fisiócratas no fueron *ni buenos científicos ni buenos profetas*. En términos más generales, Meek –y otros muchos intérpretes– sostiene que la teoría fisiocrática está orientada hacia el desarrollo del capitalismo en la agricultura y hacia el del capitalismo como tal, y que ello le concede, a pesar de las limitaciones, un sentido positivo y fructífero. Para no alargar más este texto y dejando para otra ocasión la discusión específica sobre un concepto tan amplio y versátil como el capitalismo, quizá sea más sencillo ahora preguntarse si las ideas fisiocráticas eran favorables o contrarias al desarrollo económico y social. Si las contemplamos en el sentido de ideologías del desarrollo tratadas por Alexander Gerschenkron (1966), es decir, como componentes del clima o espíritu intelectual favorable o contrario al desarrollo de un país. Gerschenkron analiza casos en que la tradición intelectual y el pensamiento económico se constituían en obstáculos adicionales al desarrollo económico al predominar ideologías agraristas y ruralistas que menospreciaban las actividades industriales y comerciales y denotaban una marcada aversión hacia el progreso industrial. En este caso se encontraría la fisiocracia como ideología económica. En efecto, la reiterada proclamación pública de la esterilidad de la industria y del comercio, los dos sectores más dinámicos en el desarrollo, ya era en sí un freno intelectual al progreso económico. El diagnóstico errado sobre la realidad, la política económica reticente con los gastos en la industria (lujo) y con el avance del comercio, la defensa de un reino agrícola dominado por los terratenientes e incluso la inflexible fórmula política del despotismo legal, son todos ellos

elementos que vienen a corroborar que el contenido del sistema fisiocrático y sus posibles consecuencias no estimulaban el camino hacia el desarrollo y la modernización social.

4. ¿Un liberalismo fisiocrático?

Algunas recomendaciones liberalizadoras de los fisiócratas, la crítica al colbertismo industrial y su concepción de la propiedad, han conducido a menudo a presentarlos como adeptos al liberalismo económico e, incluso, al liberalismo sin adjetivos. Sin embargo, el análisis del libre comercio de granos muestra que su argumentación y propósito estaban bien alejados del liberalismo económico; su propósito era conseguir un *bon prix* para los productos agrarios y asegurar una balanza comercial agraria positiva. Las críticas al colbertismo parecen, en buena parte, una estrategia para reafirmar la esterilidad de la industria y el comercio, atribuyendo a los lejanos reglamentos de Colbert la posible aparición de excedente en forma de beneficios en tales actividades. Y la cuestión de la propiedad, esencialmente de la propiedad de la tierra, se inserta en la concepción ideológica del orden natural fisiocrático. La propiedad se deriva de las leyes naturales creadas por Dios. La supervivencia de los hombres es la condición primera de la sociedad y al requerir el respeto a la propiedad, la propiedad de convierte en fundamento de la sociedad y del orden natural (CARTELIER 1991, pp. 17-9). Esta tesis difiere de la de Locke, Montesquieu o Hume para los que la propiedad está en el origen de la sociedad, pues los individuos renunciaron a la primitiva propiedad común para garantizar sus propiedades particulares y su independencia. En Quesnay la propiedad no resulta de un acuerdo o de un consentimiento originario, sino que tiene un carácter derivado del origen divino del orden natural y de la sociedad. El carácter sagrado y absoluto de la propiedad se impone a los individuos de manera que no pueden sustraerse. Es una concepción muy tradicional de la propiedad que luego se desenvuelve en su sistema de economía política con el dominio social y económico de los propietarios de la tierra.

No parece pues que las ideas fisiocráticas pertenezcan a lo que se denomina liberalismo económico, ni mucho menos al liberalismo sin adjetivos. Es sorprendente que un sistema que políticamente gravita

alrededor del riguroso concepto de despotismo legal pueda haber sido considerado como un sistema liberal. En todo caso sería un falso liberalismo basado en alguna frase aislada.

5. La oposición ilustrada a la fisiocracia

El enfoque de nuestra investigación, a diferencia de otras perspectivas, trata de analizar el valor de la fisiocracia en su propio tiempo, es decir, intenta revisar y evaluar la capacidad explicativa, las estrategias de desarrollo y las propuestas específicas de reforma que se infieren de las doctrinas y teorías de los *économistes*, en el marco de la Francia de mediados del siglo XVIII. El juicio de los contemporáneos ilustrados constituye una cuestión tan relevante como extensa para la investigación y merecería un trabajo específico con reflexiones adicionales a las ya existentes (AIRIAU 1969, ROGERS 1971, CITTON 2001, STEINER 2004). Una breve noticia de lo que se ha llamado “oposición a la fisiocracia”, surgida básicamente de los círculos ilustrados franceses, la exponemos a continuación.

Desde 1760, cuando las ideas de la escuela alcanzaron cierta circulación, “el problema que se le presentó a la Fisiocracia fue que todo el mundo encontraba algo que objetarle” (MEEK 1975, p. 40). Este fue un primer contratiempo para los *économistes*, pues los sectores afectados por sus ideas se mostraron abiertamente contrarios o muy reticentes: los gremios, las organizaciones comerciales e industriales, los recaudadores de impuestos, los terratenientes que debían pagarlos, los intendentes, las autoridades locales, los funcionarios, etc. (MEEK 1975, pp. 40-1). Pero las objeciones de mayor trascendencia no fueron las defensoras de intereses sectoriales o particulares, sino los análisis críticos, los argumentos de rechazo intelectual y político e incluso las ironías y sarcasmos publicados por un número bien elevado de los economistas franceses no fisiócratas y por destacados *philosophes* de la ilustración. En 1767 dos economistas del grupo de Gournay, Jean-Joseph Graslin y Veron de Forbonnais, publicaron las dos primeras críticas profundas y sistemáticas a la doctrina fisiocrática, que serían una referencia para los años posteriores. Graslin, alumno directo de Adam Smith en Edimburgo, comienza su ensayo analítico con una crítica metodológica: las proposiciones de política económica, aunque sean deducciones lógicas de unas premisas, nunca son

correctas si responden a unos axiomas falsos. Ni los cálculos imaginarios del *Tableau* ni el orden natural ideado por los fisiócratas conducen a axiomas verosímiles. Rechazando ese método deductivo desarrolla dos proposiciones. La primera, que la producción agrícola es riqueza aunque no exista producto neto, es decir, aunque los gastos de cultivo igualen al valor de la producción. El valor no es solo beneficio. Y la segunda, que la industria constituye también riqueza intrínseca, como la producción del suelo. El trabajo humano es creador de valor, es fuente del valor que se suma al valor de la materia solo contemplado por Quesnay. Los errores del *Tableau* provienen de esa consideración exclusiva de la tierra como fuente del valor y de la concepción de unas leyes naturales que no son físicas sino de naturaleza social y evolutiva.

Por su parte, Forbonnais publica en el mismo año de 1767 unos extensos *Principios* contra la “oscuridad metafísica” del sistema fisiocrático. Tras una condena metodológica de las tesis fisiocráticas basadas en “verdades metafísicas” y una crítica al confuso vocabulario fisiócrata, argumenta que el trabajo añade un valor nuevo a la materia, por lo que se replantea de forma central la relación valor-tierra, e intenta mostrar que la agricultura no tiene la exclusividad en la creación de riqueza y que se debería revisar el papel del trabajo productivo. Forbonnais construye en dos fases una teoría de la circulación de la riqueza alternativa al *Tableau Économique* (CERVERA 2006, pp. 71 y ss): una circulación simple del excedente agrícola en una economía de trueque y una circulación compuesta cuando se utiliza el dinero y el crédito en las transacciones. En el valor intrínseco de los bienes interviene tanto la tierra como el trabajo humano y critica la teoría del *bon prix* fisiocrática. La fórmula fisiocrática “carestía y abundancia es opulencia” le parece inaceptable y contradictoria. La baratura acelera la circulación, especialmente si es resultado de una buena cosecha que reduce el valor intrínseco del grano. Mayor competencia y libertad de cultivo y de contratación son sinónimos de mayor circulación. Como no existe una armonía natural de intereses, es necesaria la intervención del gobierno para la articulación del mercado interior de granos: propone un arancel del 6 % a la importación de trigo y del 12 % a la exportación. La plena libertad de comercio fisiocrática era contraproducente respecto a la creación de valor de las manufacturas, respecto a la circulación interior y respecto al interés general.

Las dos contundentes y solventes críticas analíticas de Graslin y Forbonnais en 1767 fueron recibidas por un público muy minoritario. Mayor impacto tuvo *L'homme aux quarante écus*, un relato sarcástico publicado en 1768 por un Voltaire indignado con las ideas fisiocráticas y donde ironiza sobre la discriminación que provoca el impuesto único a un pequeño propietario. Poco después apareció el ataque de mayor alcance a la fisiocracia y de mayor difusión: los *Dialogues sur le commerce des blés* publicados en 1770 por Ferdinando Galiani con la ayuda de Diderot, quien también escribió un opúsculo muy crítico con los fisiócratas. La eficaz crítica del abad napolitano no se limitaba al comercio de granos, sino que era una invectiva general contra el doctrinarismo fisiócrata, contra sus principios metodológicos, contra la teoría de la productividad exclusiva de la agricultura (la industria era también productiva y dada la estabilidad de su proceso de producción, lo sería en mayor proporción que la agricultura). Rechazaba la doctrina del *bon prix* –en los productos agrarios existían muchos precios diversos y además eran muy inestables– y afirmaba que unas prescripciones políticas de naturaleza universal, sin tener en cuenta las circunstancias del momento, podían conducir al desempleo, a la revuelta y a la violencia. En la polémica que siguió con Mercier de la Rivière, Galiani redactó una despiadada parodia (*La Bagarre*) en la que unía comentarios satíricos a los pasajes de Mercier y continuaba denunciando las “vagas ideas generales” que los fisiócratas consideraban verdades aplicables a todo tiempo y lugar (HUTCHISON 1988, pp. 293-4).

Surgieron otras muchas críticas a los fisiócratas. Algunas de ellas fueron desarrollos o reiteraciones de las ya indicadas. Otras se centraron en el comercio de granos, en el despotismo legal o en otros asuntos. Las críticas de economistas franceses no fisiócratas de primer nivel provinieron de la pluma del abate Morellet, 1769, de Isaac de Pinto, 1771, de Condillac, 1776, del progresivo alejamiento de Turgot, de Jacques Necker, 1775, de Achille Nicolas Isnard, de Charles Ganilh, de Germain Garnier... Entre los *philosophes* de primera fila que escribieron contra la fisiocracia cabe identificar a Rousseau, 1767, Voltaire, 1768, Diderot, 1770, Mably, 1768, 1789, Holbach, 1771, Linguet, Condorcet... Otra serie de escritores menos conocidos también participó en las críticas (ROGERS 1971, AIRIAU 1969), dando lugar a una amplia literatura y a una amplia controversia desarrollada en unas años

de fuerte crecimiento de las publicaciones y de comienzos de la formación de la opinión pública en Francia (CHARLES 2005). Pocas veces en la historia del pensamiento económico ha surgido una crítica tan abundante, tan rápida y tan irónica; una crítica que en realidad no dio lugar a un auténtico debate, pues cuando los fisiócratas se sentían aludidos simplemente se limitaban a reafirmarse en sus ideas. La fisiocracia no superó pues el primer examen y valoración de sus ideas. A partir de 1767 el juicio de los contemporáneos les fue muy negativo, y solo se mantuvieron durante unos años gracias al carácter de escuela o de secta dogmática. Del análisis anterior también se desprende la existencia de un amplio rechazo proveniente de varios orígenes: economistas, filósofos, políticos y de sectores económicos, situados en general en el campo de las luces. Por último, la literatura anti-fisiócrata planteó originalmente las principales críticas sobre la metodología viciada, sobre los errores teóricos y sobre la inconveniencia de las políticas fisiocráticas; argumentos que merecerían ser recuperados en los estudios actuales. Y al analizar la difusión de la fisiocracia en general, convendría tener en cuenta esta amplia reacción crítica entre los ilustrados franceses.

6. Epílogo

Al contrario de estos escritos, una simple lectura de alguno de los numerosos textos fisiocráticos revela la ausencia de modestia y la presencia de arrogancia intelectual, tanto política como científica. La certeza absoluta en sus afirmaciones, el rechazo pleno de las observaciones y críticas de otros escritores relevantes, el dogmatismo compartido y reforzado en el seno de la escuela y la inflexibilidad de las recomendaciones políticas, probablemente, multiplicaron las probabilidades de cometer equivocaciones. El perspicaz David Hume (1769), quien tenía una apreciación sobre la Fisiocracia bastante diferente de la de Adam Smith, ya afirmó en una carta al abate Morellet que los fisiócratas “eran en realidad la clase de hombres más quimérica y más arrogante que ahora existe”. Arrogancia e instrumentos analíticos como el *Tableau*, aportaciones y desaciertos, brillantez y ambigüedad, permiten emplazar la fisiocracia entre los “claroscuros de la Ilustración”, según la expresión de Ernest Lluch (1999), aunque en ellos predominen más las penumbras y la oscuridad que la claridad y la luz. De ser así las

cosas, deberíamos analizar sus consecuencias, revisar algunos tópicos usuales sobre los *économistes* y, en su caso, reconsiderar en futuros estudios la cuestión de la difusión internacional de las ideas fisiocráticas y en particular la de su recepción en España.

Bibliografía

- AIRIAU, J. (1969), *L'opposition aux physiocrates à la fin de l'Ancien Régime*, Paris, Librairie Générale de Droit et de Jurisprudence.
- ARGEMÍ, L. (2004), “La fisiocràcia i la seva continuació”, *Manuscripts*, n.º 22, pp. 45-58.
- ARGEMÍ, L., CARDOSO, J. L. y LLUCH, E. (1995), “La difusión internationale de la physiocratie: quelques problèmes ouverts”, en B. Delmas, T. Demals y Ph. Steiner (eds.), *La diffusion internationale de la physiocratie (XVIIIe-XIXe)*. Grenoble: Presses Universitaires, pp. 473-480.
- BERLIN, Isaiah (2000), *El sentido de la realidad*, Madrid, Taurus.
- CARTELIER, Jean (1984), “De l’ambigüité du Tableau économique”, *Cahiers d’économie politique*, n.º 9, pp. 68-96.
- CARTELIER, J. (1991), “L’ économie politique de François Quesnay, ou l’Utopie du Royaume agricole”, introducción a F. Quesnay, pp. 9-64.
- CERVERA, P. (2006), “Forbonnais contra la fisiocracia”, Alfonso Sánchez (ed.), *En la estela de Ernest Lluch*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, pp. 63-82.
- CHARBIT, Y. (2002), “L’ échec politique d’ une théorie économique: la physiocratie”, *Population*, n.º 6, vol. 57, pp. 849-78.
- DAUDIN, G. (2003), *Le rôle du commerce dans la croissance: une réflexion à partir de la France du XVIII^e siècle*. Tesis doctoral, Université de Paris I.
- DELMAS, B. y DELMAS, T. (1990), “Le Tableau économique: ombres et lumières”, *Revue d’économie politique*, n.º 100-1, pp. 83-108.
- FORBONNAIS, V. (1767), *Principes et Observations économiques*, 2 t, Amsterdam, Rey.
- FOX-GENOVESE, E. (1976), *The Origins of Physiocracy. Economic Revolution and Social Order in Eighteenth-Century France*, Ithaca, Cornell University Press.
- GALIANI, F. (1770), *Dialogues sur le commerce des blés*, Londres-Paris, Merlin.
- GERSCHENKRON, A. (1966), *Economic Backwardness in Historical Perspective*, Harvard University Press, Boston, 1966.

- GRASLIN, J. J. (1767), *Essai analytique sur la richesse et sur l'impôt*, Londres.
- HUME, D. (1769), "Letter to Morellet, July 10, 1769", en *Letters of David Hume*, edición de J. Greig, London 1932.
- HUTCHISON, T. W. (1988), *Before Adam Smith. The Emergence of Political Economy, 1662-1776*. Oxford, Basil Blackwell.
- LABROUSSE, E., LÉON, P. y GOUBERT, P. (eds.) (1970a), *Histoire économique et sociale de la France*, vol. II, Paris, Presses Universitaires de France.
- LABROUSSE, Ernest (1970b), "Les "bons prix" agricoles au XVIIIe siècle", en Labrousse (1990a), pp. 367-416.
- LAVAL, C. (1997), "L'éthique républicaine et l'esprit des sciences économiques et sociales", *DEES*, n.º 107, mars, pp. 81-93.
- LLOMBART, V. (1995), "Market for ideas and reception of Physiocracy in Spain: some analytical and historical suggestions", *European Journal of the History of Economic Thought*, n.º 1, pp. 29-51
- LLUCH, E. (1973), *El pensament econòmic a Catalunya (1760-1840). Els orígens ideològics del proteccionisme i la presa de consciència de la burgesia catalana*, Barcelona, Edicions 62.
- (1984), *Acaecimientos de Manuel Belgrano, fisiócrata, y su traducción de las "Máximas generales del Gobierno económico de un Reyno agricultor" de François Quesnay*, Madrid, Cultura Hispánica-Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- (1996), *La Catalunya vençuda del segle XVIII. Foscors i clarors de la Il·lustració*, Barcelona, Edicions 62. Versión castellana remozada: *Las Españas vencidas del Siglo XVIII: claroscuros de la Ilustración*, Barcelona, Crítica, 1999.
- LLUCH, E. y L. ARGEMÍ (1985), *Agronomía y fisiocracia en España (1750-1830)*, Valencia, Institución "Alfonso el Magnánimo".
- (1994), "Physiocracy in Spain", *History of Political Economy*, n.º 26, 4, pp. 613-27.
- LLUCH, E., L. ARGEMÍ y J. L. CARDOSO (1995), "La diffusion internationale de la physiocracie: quelques problèmes ouverts", *Économies et Sociétés*, n.º 22-23, pp. 473-80.
- MEEK, R. L. (1962). *The Economics of Physiocracy*, London, George Allen and Unwin. Trad. castellana de José García-Durán: *La fisiocracia*. Barcelona, Ariel, 1975.
- MERCIER DE LA RIVIÈRE, P. (1767), *L'ordre naturel et essentiel des sociétés politiques*, Paris, 2 vols.

- MIRABEAU, V. R., marqués de (1758-60), *L'ami des hommes, ou Traité de la population. Nouvelle édition augmentée d'une quatrième partie et de sommaires*, Avignon, vol. 1, 1758.
- QUESNAY, F. (1958), *François Quesnay et la Physiocratie, II, Testes annotés*, edición de Louis Salleron, Paris, Institut National d'Études Démographiques.
- (1974), “*El Tableau économique*” y otros estudios económicos, edición de Valentín Andrés Álvarez, traducción de Javier Gallifa, Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo.
- (1991), *Physiocratie. Droit naturel, Tableau économique et autres textes*, edición de Jean Cartelier, Paris, Flammarion.
- (2005), *Œuvres économiques complètes de François Quesnay et autres textes*, edición de Charles Loïc, Christine Théré et Jean-Claude Perrot, Paris, INED, 2 vols.
- RILEY, J. C. (1986), *The Seven Years War and the Old Regime in France: The Economic and Financial Toll*, Princeton, NJ, Princeton University Press.
- ROGERS, J. W. Jr. (1971), *The Opposition to the Physiocrats: a Study of the Economic Thought and Policy in the Ancien Régime: 1750-1780*, Baltimore, Johns Hopkins University.
- STEINER, P. (1995), «Quels principes pour l'économie politique? Charles Ganilh, Germain Garnier, Jean-Baptiste Say et la critique de la physiocratie», *Économies et sociétés, La diffusion internationale de la physiocratie (XVIII^e-XIX^e)*, vol. 39, n.º 1-2.
- (1998), *La "science nouvelle" de l'économie politique*, Paris, Presses Universitaires de France.
- STEINER, P. (2002), “Wealth and Power: Quesnay's Political Economy of the “Agricultural Kingdom””, *Journal of the History of Economic Thought*, vol. 24, n.º 1, 2002.
- VAGGI, G. (1987), *The Economics of François Quesnay*, Basingstoke, MacMillan.
- VOLTAIRE, F.-M. A. (1768), *L'homme aux quarante écus*, Paris, In Libro Veritas, 2005.
- WEULERSSE, G. (1910), *Le mouvement physiocratique en France (de 1756 à 1770)*, Paris, Alcan, 2 tomos.
- WEULERSSE, G. (1984), *La physiocratie à l'aube de la Révolution, 1781-1782*.